

MAURO. —(Entrando atribulado y provocando un sobresalto en Sebastián.) No te vas a creer la última, Basti.

SEBASTIÁN. —(Sin dejar de leer el periódico.) Si es una buena noticia, mejor te callas. Me estoy saturando.

MAURO. —El hijo de los Lucas empezó a trabajar el sábado en... en la FlowersMachineWork.

SEBASTIÁN. —El la FlowersMa... pero, pero, qué se le ha, qué se la ha perdido allí si puede saberse.

MAURO. —Supongo que lo mismo que a Microgor, a la mujer del Barbitúrico o al Esqueleto. Y ya van dieciséis

SEBASTIÁN. —Dieciséis. Menudo tiempo nos está tocando vivir. (Mostrando el periódico con las noticias.) Mira.

MAURO. —(Negando con la cabeza y leyendo en voz alta pero con mucha dificultad.) Adiós a la crisis. Gracias al incremento de las ventas, se espera que en el entrante año 2029 continúe el aumento del empleo y del... (Aterrado.) ¿Es cierto?

SEBASTIÁN. —Me temo que sí, querido Mauro.

MAURO. —Y qué vamos hacer. Los de la Flowers son, son como flowers carnívoras, están esperando que alguno de nosotros se acerque para...

SEBASTIÁN. —(Detectivesco.) ¿Qué sabemos de ellos?

MAURO. —Que son suecos... o suizos. No sé.

SEBASTIÁN. —Eso lo sabe todo el mundo.

MAURO. —El qué.

SEBASTIÁN. —Que son suecos o suizos. Me refiero a sus actividades, a la formación del capital, a los proyectos, a todas esas invenciones de la gente de los negocios...

MAURO. —Según me dijo el Esqueleto fabrican pirtoncios.

SEBASTIÁN. —(Acariciándose la barbilla y las mejillas.). Conque pirtoncios ¿eh?

MAURO. —Sí. Y creo que los fabrican a toneladas. Que en una tarde pueden fabricar fácilmente... cien mil.

SEBASTIÁN. —¡Cien mil pirtoncios en una tarde! Muy interesante. (Tras una pausa en la que ambos permanecen callados asintiendo con la cabeza.) ¿Y para qué sirven los pirtoncios?

MAURO. —El Esqueleto me contó que con los pirtoncios fabricaban barbolatas.

SEBASTIÁN. —¿Muchas?

MAURO. —(Busca por el suelo, encuentra una colilla y la enciende. Responde ríspido.) Eso no lo sé.

SEBASTIÁN. —(Levantándose.) Puede que estos suizos o suecos se están cargando aquí de barbolatas y no quieran declararlas en su país. Son muy listos los suecos.

MAURO. —Y los suizos.

SEBASTIÁN. —No quiero pensar si se establecen aquí de manera definitiva y empiezan a crear sucursales por todo el país. ¿Te imaginas? Que nos transformen en personas productivas, que la gente trabaje, ¡trabaje, que se dice pronto! Que...

MAURO. —Volverán los oscuros golondrinos mis sobacos a empastrar, pero aquellos que...

SEBASTIÁN. —¿Qué dices tú ahora?

MAURO. —Poesía y disimulo. (Señalando hacia la derecha.) Mira quién viene.

EL ESQUELETO. —(Entrando por la derecha y paseando su extrema languidez y su aspecto cadavérico por el escenario.) Hijo de puta. Hijo de puta. Grandísimo hijo de puta. ¿Cómo se puede ser tan hijo de puta? ¿Lo entiendes tú, Sebastián? (Sebastián niega con la cabeza.) ¿Y tú, Mauro? (Mauro niega con la cabeza.) Hijo de la más grandísima puta que han parido las mayores putas de esta puta tierra.

SEBASTIÁN. —(Alzando el dedo). Perdona, Esque, pero ¿tú no deberías estar en la Flowers?

EL ESQUELETO. —Debería. Pero Gorospe acaba de joderme vivo.

MAURO. —¿Gorospe? ¿Te refieres a nuestro Gor micropene? ¿Nuestro Microgor?

EL ESQUELETO. —Pues claro que me refiero a él, ¡qué grandísimo hijo de puta! Ahora dice que me apaño muy mal con los pirtoncios.

MAURO. —Es que los pirtoncios... deben de ser muy complicados. (Tras una pausa en la que impera el silencio.) Sobre todo los largos.

EL ESQUELETO. —No hay pirtoncios largos, Mauro. Ni estrechos ni anchos, ni redondos, ni cuadrados, ni hexagonales, ni poliédricos, todos los pirtoncios son iguales.

MAURO. —¿Y cómo son, entonces?

EL ESQUELETO. —Negros. Unos más que otros. Depende de para qué los vayas a utilizar en el futuro. Futuro.

MAURO. —Has repetido futuro.

EL ESQUELETO. —Lo sé. (Recorriendo el escenario.) ¡Qué hijo de puta! Me citó en su despacho. ¿Sabéis que tiene despacho?

SEBASTIÁN. —¡Qué bajo ha caído! Despacho y todo. Si hubiera comido algo, vomitaría.

EL ESQUELETO. —Me llamó por el interfono: señor Ramírez, señor Ramírez...

MAURO. —¿Señor Ramírez? ¿No podía haber dicho señor Esqueleto, señor Esqueleto y ya está?

EL ESQUELETO. —Los noruegos no permiten que nos llamemos por apodos.

MAURO y SEBASTIÁN. —(Al unísono.) ¿Noruegos?

EL ESQUELETO. —Noruegos.

SEBASTIÁN. —Pensábamos que eran suecos o suizos.

EL ESQUELETO. —Suecos, suizos, noruegos..., qué más da.

SEBASTIÁN. —(A Mauro.) Pon en la lista a los noruegos.

MAURO. —(Sacando del bolsillo una libreta de páginas dobladas.) Ya estaban.

SEBASTIÁN. —¿Por qué?

MAURO. —Por el Ikea.

EL ESQUELETO. —(Riéndose y con desprecio.) Esos son daneses.

SEBASTIÁN. —(A Mauro.) Apunta a los daneses.

MAURO. —También están.

SEBASTIÁN. —Pues los apuntas dos veces. Adónde vamos a llegar. Es como una mancha de aceite que se extiende... (tapándose la boca.) Horror, hasta digo frases manidas.

EL ESQUELETO. —(Ajeno a lo que dicen.) Que no sé hacer pirtoncios. ¡Es que se necesita ser hijo de puta! Yo, que le enseñé a cogerlos (Ahuecando las manos como si meciera un niño pequeño.) con suavidad, evitando el resquebrajamiento. Yo, que le enseñé a golpearlos por todos los lados, sin que sufrieran abolladura. Yo, que le enseñé a amasarlos después de reducirlos, y darles la forma adecuada antes de la cocción y antes de sumergirlos en el ácido... acetil salicínico. Yo, que le enseñé a pintarlos con pinturas alcalinas, antihelmínicas, antihumedad, antideslizantes y antiestamínicas. Yo, que le mostré cómo insertarlos en las barbolatas, ¿hay derecho a esto?

MAURO. —Cuánto has aprendido, Esque.

SEBASTIÁN. —Sabiduría superflua. ¿A quién le importan las barbolatas?

EL ESQUELETO. —A quién. A quién, insensato. A todo el mundo le importan las barbolatas. A los pobres, a los ricos, a los creyentes a los agnósticos, a los abúlicos, a los enérgicos...

MAURO. —(Agitando la mano.) Cuántos.

SEBASTIÁN. —Pamplinas. Son todos los mismos.

EL ESQUELETO. —... a los gordos a los flacos, a los inteligentes a los simples, a las madres, a los hijos, a los...

SEBASTIÁN. —A los espíritu santos. Anda ya, deja de decir tonterías. Las barbolatas solo son un producto inventado por los noruegos o los suecos o los suizos o los daneses para que todos estemos jodidos, trabajando en algo que solo compramos nosotros para que ellos ganen dinero. (Poniéndole la mano en el hombro, paternal y pausado.) ¿Dónde está el Esqueleto que yo conocía? El que sufría el virus del estómago cada vez que veía una azada, el que jamás asociaba pico a herramienta de trabajo sino a inyección en vena, mina a punta de lápiz; el que cuando le decías obra, respondía *cadobra*.

MAURO. —(Riéndose y abrazándose al Esqueleto.) Obra *cadobra*, qué bueno eras Esqueleto.

SEBASTIÁN.— Y mira en qué te has convertido, Esque. En un puñado de huesos artríticos por culpa del trabajo. ¿Cuánto tiempo llevas allí?